

LA PÉRDIDA DE LA DIFERENCIA: SENTIDO Y SINSENTIDO EN LA RELACIÓN ENTRE GENERACIONES

Daniele BRUZZONE

Resumen

Las transformaciones sociales y culturales de las últimas décadas han determinado una progresiva erosión de la distancia entre generaciones contiguas. Al desvanecerse la diferencia que le da identidad respecto al mundo de los adultos, la infancia desaparece. En la sociedad de la incertidumbre, la relación intergeneracional está llena de paradojas y contradicciones. Al reducirse la natalidad, crecen las expectativas respecto a la salud, al bienestar, al éxito y a la auto-actualización de los hijos, con consecuentes actitudes sobreprotectoras. A pesar de la creciente idealización de la infancia, los niños están perdiendo otra vez su niñez. Los fenómenos de la adultización precoz de los niños y de la persistente infantilización de los adultos produce una situación de aparente proximidad, que en realidad perjudica la posibilidad de educar. En el tiempo del narcisismo y de la *hipertrofia del yo* la educación es posible a condición de que los padres sepan recobrar el sentido del límite y de la responsabilidad y vuelvan a testimoniar el valor de la autotranscendencia.

Abstract

The lost of difference: meaning and meaningless in cross-generational relationship

The social and cultural transformations of the last decades determined a progressive erosion of the distance between neighbouring generations. If the difference that distinguishes a child from a grown-up person vanishes, childhood disappears. In our society of uncertainty, the intergenerational relationship is full of paradoxes and contradictions. While the birth-rate decreases, grows the expectation towards health, well-being, success and self-actualization of the kids, with consequent attitudes of hyperprotection. Nevertheless, despite the increasing idealiza-

tion of the tender age, children are losing their childhood again. The untimely *adulterization* of children and the enduring *infantilization* of adult people produce a situation of apparent closeness, that actually prevent the possibility of educating. In the time of narcissism and *hypertrophía of the ego*, education is possible only if parents try to recover the sense of limit and responsibility and to bear witness to the value of self-transcendence.

Palabras clave: Infancia. Adolescencia. Generaciones. Imagen. Educación. Sentido.

Key words: Childhood. Adolescence. Generations. Image. Education. Meaning.

*"La organización de defensa más grande que hay en el mundo es aquella que la humanidad ha erigido y tiene en perfecta eficiencia contra el peligro de la infancia. Peligro rosado."
(A. Savinio, Tragedia de la infancia, 1937)*

La niñez: ¿una raza en peligro de extinción?

Toda educación es un asunto que se realiza a través de una relación. La relación entre generaciones, desde un punto de vista pedagógico, es la más común y necesaria y al mismo tiempo, de cierta manera, la más problemática. La historia de las teorías y de las prácticas educativas es la historia del encuentro o del desencuentro entre generaciones, debido al juego de representaciones con que una ha enfrentado a la otra en el curso del tiempo (Becchi, 1994).

Las evoluciones de la sociedad y la cultura han determinado en las últimas décadas una progresiva *reestructuración de las edades de la vida* (la infancia, la adolescencia, la adultez) y consecuentemente de las representaciones de lo que es un niño, un adulto o un adolescente, que tradicionalmente es concebido como un ser-en-transición entre la niñez y la madurez. Lo más evidente es que se está reduciendo la distancia entre generaciones contiguas, por efecto del mejoramiento de las condiciones de salud y del aumento de la expectativa de vida, pero también de la trans-

formación del estilo de vida y, generalmente, del conjunto de valores y actitudes que regulan el contacto entre adultos y jóvenes. Sin embargo esta situación, que aparentemente permite una comunicación más fácil e inmediata, al fin y al cabo imposibilita el encuentro auténtico, porque cada encuentro se fundamenta en la reciprocidad del reconocimiento - lo cual supone una distinción, una diferencia, una *alteridad*.

Lo que hoy está aconteciendo en la sociedad occidental es algo parecido a una violación de la alteridad (a muchos niveles) que amenaza - aunque de manera muchas veces inconciente - la relación entre generaciones: en efecto, al reducirse la *distancia* intergeneracional (la misma que un tiempo representaba un obstáculo a combatir) también puede pasar que se pierda el sentido de la *diferencia*, que es precisamente lo que nos permite reconocer al niño en sí mismo, no como *alter-ego*, sino como *alter-tu*: irreducible y distinto. Si desaparece la diferencia, se desvanece la capacidad, la responsabilidad, y hasta incluso la posibilidad de educar.

En un libro que tuvo mucho éxito (Benasayag y Schmit, 2010), dos psicólogos de la infancia y de la adolescencia afirman que hoy día el trabajo clínico se ha transformado de manera radical, porque los terapeutas, frente a sus pacientes, ya no se encuentran simplemente con un sufrimiento psíquico personal, sino más bien una crisis social muy profunda. De manera que la atención individual ya no es suficiente, porque se requiere un replanteamiento cultural para sanar la desazón existencial de las personas. Viktor Frankl reconoció esta tendencia con mucha antelación: siempre dijo que cada época tiene su neurosis, y cada época necesita su terapia (Frankl, 1987) y entendió con mucha claridad que los trastornos de las personas en cada época tienen un origen *sociógeno*, y por lo tanto casi no es posible enfrentarlos si no se toma en serio el desafío cultural y social (incluso educativo) que representan. En la época del vacío existencial y de la falta de sentido, la cuestión ya no es la frustración de una *necesidad*, sino la ausencia de un *deseo*. Lo que se necesita, entonces, ya no es una solución clínica, sino más bien una nueva actitud educativa: la que el fundador de la logoterapia llamaba una educación para la responsabilidad (Frankl, 1988).

Hoy en día se ha radicalizado el sentimiento de precariedad y de angustia generalizada que caracteriza la "sociedad de la incertidumbre" (Bauman, 2007) y esta condición afecta mucho nuestra actitud respecto a nosotros mismos, a la vida y al porvenir. Además, a causa del debilitarse

de las redes sociales informales, individuos y familias se encuentran más solos y aislados frente al riesgo de existir. Lamentamos la fragilidad de los jóvenes, pero también nosotros los adultos nos percibimos más vulnerables. Esta nueva condición que tenemos en común ¿es una ventaja que permite reconocernos más cercanos o una barrera invisible que impide comunicarnos verdaderamente?

Los estudios de Philippe Ariès han demostrado que el descubrimiento de la infancia coincide con el reconocimiento de la diferencia y la distancia entre niños y adultos. Históricamente, la infancia aparece cuando los niños ya no son simplemente concebidos, negativamente, como "aún-no-adultos" o, preventivamente, como "pequeños adultos", sino adquieren una consistencia ontológica independiente y una subjetividad social autónoma: como *niños*, precisamente. Es suficiente referirse al arte figurativo anterior al siglo XVIII: en los retratos reales de Velázquez, por ejemplo, el infante de España, Baltasar Carlos, es pintado en actitudes evidentemente adultas (con todos los requisitos de su rango noble y los marcos simbólicos de su destino) a pesar de su pequeña edad; y la infanta Margarita, en diferentes etapas de su vida infantil, crece físicamente pero su estado no muda, como se ve muy bien en el vestuario. Eran niños, por supuesto, sin embargo *su niñez aún no existía*. La infancia, por lo tanto, es una conquista de la civilización que exigió mucho tiempo - y como todas conquistas, no hay que darla por sentado.

En *La desaparición de la niñez* Neil Postman (1988) advertía del peligro de que, por efecto de la atenuación de la diferencia entre niños y adultos, la infancia desaparezca. Si los niños son "adultizados", pierden su niñez. Hoy, quizás, estamos frente al mismo efecto por razones contrarias: si los adultos se "infantilizan", quitan igualmente a los niños su derecho a la distinción. En cierta manera el pedagogo estadounidense pronosticaba algo que en los últimos tiempos se ha agravado.

Es un fenómeno que tiene varias implicaciones. Antes que nada, la revolución demográfica: en los países industrializados la tasa de natalidad ha disminuido progresivamente hasta niveles alarmantes. En Italia, en 150 años, la fecundidad ha pasado de 6 a 1,2 hijos por mujer. Después de la unificación nacional (1870) los niños representaban más del 30% de la población, hoy no llegan al 15%. El tema, sin embargo, es más complejo: los niños son menos, pero también son *menos niños* (Volpi, 2004). Es decir: corren el riesgo de que se le quite su niñez.

Hubo un tiempo en que la infancia no existía. ¿Puede que desaparezca otra vez?

Idealización y negación de la infancia: contradicciones culturales

En una obra recién publicada el filósofo Marcel Gauchet (2010) reflexiona sobre la transformación del proceso de procreación en nuestra sociedad y sus efectos culturales. El hijo ya no es un don de la Providencia o del Azar, sino el producto de una decisión responsable: es el hijo del deseo y de la voluntad, y como tal es querido, buscado, a veces hasta incluso *programado*. Esto tiene cierta influencia sobre el imaginario que acompaña a la generación de un ser humano. Ya Freud en 1914 decía que el niño es portador de los "sueños y deseos incumplidos" de sus padres. Es el "niño de la noche" (Vegetti Finzi, 1993), lleno de misterio y de ilusión. La ciencia ha *desencantado* este proceso, quitándole no la ilusión sino el misterio: el niño se ha convertido en objeto de observación (ecográfica) desde el inicio, y como tal es destinatario de los proyectos y aspiraciones de sus padres. La espera de una *revelación* se ha convertido en la expectativa de un *resultado*.

Este hijo del deseo, por supuesto, es "único": porque es insustituible, pero también porque en la mayoría de los casos *no* habrá otro. Siendo único, tiene que ser el hijo perfecto y no puede fracasar. Por eso ha crecido enormemente la preocupación hacia la salud y la normalidad del niño desde los primeros meses de vida. Muy diferente respecto al pasado, cuando la mortalidad infantil llegaba al 20%. Esta preocupación hacia la salud se acompaña, además, con la preocupación por la seguridad.

Estadísticamente, las amenazas para la incolumidad han disminuido en el tiempo, pero la percepción de inseguridad del ciudadano medio se ha visto aumentada, por efecto de un terrorismo quizás más mediático que real. La consecuencia de este sentimiento es el primer factor de la pérdida de la infancia: la *hiperprotección*. Los niños no pueden correr riesgos, no pueden caer, no pueden lastimarse, no deben sufrir, no deben fatigarse, deben ser defendidos y protegidos continuamente del mundo externo, que es "malo" y lleno de peligros. Esta *preocupación custodialística* está tomando el lugar de la *atención educativa*.

Los niños de nuestras ciudades hoy no son libres de moverse y no pueden vivir al aire libre: salen de lugares clausurados y controlados que

los adultos han organizado para su formación (escuela, parroquia, gimnasio, piscina) para entrar a otros lugares (igualmente clausurados y controlados) que los adultos mismos han organizado para su entretenimiento (ludotecas, parques de diversión, etc.). Como todas minorías, son guardados en "reservas" para que no se extingan. Y la primera reserva, obviamente, es *la casa*: el hogar doméstico, que de *nido* se ha convertido en *caparazón*, de plataforma para despejarse hacia el mundo, se ha convertido en escudo para protegerse del mundo. Las investigaciones nos dicen que el 98% de los niños entre 3 y 10 años juegan principalmente en su propia casa, o (46%) en la casa de otros compañeros. Solo el 38% en parques y jardines, y el 6% por la calle. Además, dichos parques y jardines, no son proyectados a medida de niños sino a medida de las preocupaciones de sus padres: sin colinas, sin fosos, sin agua, sin barro, sin piedras, sin nada - solo juegos "seguros" y, a lo mejor, aburridos.

Paradójicamente, otra amenaza para la infancia es el *exceso de educación*, con perjuicio del juego y de la socialidad. El niño "competente" tiene el calendario semanal de un ejecutivo, y como todos los ejecutivos necesita una secretaria (generalmente su mamá). La cantidad de tareas que un niño tiene que cumplir a diario (escuela, catecismo, idiomas, música, deportes) encajan perfectamente con la triple preocupación de sus padres: que pase su tiempo en lugares seguros y controlados; que siempre haya algún especialista que se ocupe de él; que aprenda mucho y muy rápido para que no quede atrás en la vida.

Es raro constatar como esta aspiración temprana a la *autonomía*, fin y al cabo, desemboca en una *dependencia* prolongada. Hoy se habla mucho de la adolescencia interminable de jóvenes que se quedan en la casa de sus padres hasta cuando ya no son jóvenes. Esta oposición es el resultado de la actitud contradictoria que, nosotros los adultos, tenemos respecto a los niños: queremos que sean sanos y atléticos pero los alimentamos de manera desequilibrada (la obesidad es un problema infantil en casi todas las sociedades "opulentas", incluso en tiempo de crisis); queremos que sean sociables y altruistas, pero les instilamos precozmente el morbo de la competitividad; queremos que crezcan cultos y de ánimo noble, pero los hacemos crecer como consumidores egoístas e insaciables; queremos defender su inocencia y su candidez, pero los vestimos de manera adulta y seductora (Benzoni, 2013).

Es suficiente ver como la imagen de los niños es utilizada por la moda y la publicidad: cada estilista tiene una línea para "pequeños adul-

tos"; las revistas de moda muestran en sus portadas niñas ataviadas como si fueran *top models*; hay concursos de belleza en que cada niña se presenta con *look*, peinado y maquillaje de mujer fatal. En este sentido, se puede ver la película "Little Miss Sunshine" de Jonathan Dayton y Valerie Faris (2006) o el video "Corpi bambini. Sprechi di infanzie" de Mariagrazia Contini y Silvia Demozzi (Università Alma Mater di Bologna, <https://corpibambini.wordpress.com>). A veces la comunicación juega con el cuerpo de los niños con una actitud chabacana (por cierto confundida por irónica), como en la publicidad de la famosa casa productora de pañales *GoodNites*, que muestra un niño en la misma postura sexy del futbolista David Beckham. Hasta incluso las muñecas han evolucionado de manera impresionante: *Barbie*, por ejemplo, ha sido remplazada por *Bratz*, que reproduce los estereotipos estéticos más groseros de las mujeres adultas estandarizadas por la TV: formas generosas, labios hinchados, mirada sensual, mechones, ropa sexy, etc. (Sobre la imagen de la mujer, ver el documental "Il corpo delle donne" de Lorella Zanardo: <http://www.ilcorpodelledonne.net/version-en-espanol/>).

Esta adultización de los niños acontece, paradójicamente, en el mismo instante en que se vuelve a una *idealización* de la infancia como *paraíso perdido* de bondad y pureza. Esta es quizás la contradicción más grande. En un tiempo no era así: en el cuadro "Juegos de niños" (1560) de Pieter Brueghel El Viejo es muy claro que la niñez representaba desorden, confusión, hasta incluso crueldad - y por lo tanto necesitaba la *educación* para ser "civilizada". Los dioses infantiles de la antigüedad (Eros, Dionisos) eran rebeldes, molestos, hasta incluso inmorales. Y los cuentos de hadas de la tradición están llenos de niños malos y egoístas, que tienen que ser corregidos y orientados. Hoy no: la educación está en crisis porque los niños, al ser considerados "bondadosos" y "perfectos", ya *no la necesitan*. Los niños hoy en día no son concebidos como "salvajes" que requieren ser civilizados, sino como criaturas buenas o - como en el caso de los *niños-indigo* de cierta espiritualidad New Age (Carroll y Tober, 2006) - como seres celestiales y casi "superiores".

Esta transición cultural del niño como "pequeño monstruo" al niño como "pequeño ángel" es simbólicamente representada por el icono global de *Teddy Bear* y todas sus variaciones: el ser agresivo y peligroso (un oso, de hecho) ha sido "domesticado" en un cachorro de peluche suave y cariñoso. Es *bueno*, entonces, ser niños. Lo *malo* queda afuera: en el mundo corrupto de los grandes. Esto determina, además, el fenómeno

complementario de la *infantilización de los adultos* (D'Amato, 2014): Los grandes desean mantenerse jóvenes para siempre (el mito del *Puer Aeternus* que se re-presenta en el "complejo de Peter Pan") y, al perder su juventud, quieren volver - psicológicamente o quirúrgicamente - a ser jóvenes a cualquier edad. En este sentido la película "El curioso caso de Benjamin Button" (de David Fincher, 2008; basada en un cuento publicado por Francis Scott Fitzgerald en 1922), cuyo protagonista nace viejo y se vuelve más joven de año en año, es casi una metáfora de nuestra época y de sus obsesiones.

La sombra del narcisismo: un desafío para la educación

Si los niños se convierten en pequeños adultos y los adultos vuelven a ser niños, su diferencia desaparece. Como en el anuncio del automóvil Renault *Twingo* (<http://www.youtube.com/watch?v=8auqWp00bck&spfreload=10>), donde una hija, saliendo de la escuela, muestra a su mamá un tatuaje en su bajo lomo - y la mamá en vez de regañarla le muestra orgullosa su propio tatuaje: en el mismo lugar, pero por supuesto... ¡mucho más grande! La publicidad termina con el lema "personalidades en movimiento" y desde luego de eso se trata: de dos generaciones diferentes sorprendentemente semejantes.

Esta infantilización general tiene razones culturales e incluso económicas: por un lado, la sociedad "líquida" produce una *adolescenciación* de la vida (para sobrevivir en un mundo que cambia continuamente *no* conviene ser muy estructurados); por otro lado, la economía del consumo tiene todo el interés en mantenernos todos *niños* - a la merced del principio del placer y de nuestras rabietas compulsivas.

Crecer quiere decir aprender a ser *libres*. Pero la libertad siempre empieza *por dentro*. Por eso todo niño necesita ser educado: para aprender a retrasar la gratificación, a tolerar la frustración, a decir *no* a sus propios impulsos. Lamentablemente los padres están perdiendo la capacidad de educar en esto porque ni ellos saben hacerlo. Su preocupación básica es que a sus hijos "no les falte nada", sin embargo olvidan que la educación no es simplemente *satisfacción de necesidades*: es más bien *estructuración del deseo*, o sea, de la capacidad intencional. El mismo Frankl lo dijo muy claramente, subrayando la función de los ideales y los valores y

la "sana tensión" que ellos producen en la existencia: "Lamentablemente la educación actual, preocupada sobre todo en minimizar la tensión, enseña nada menos que a una *intolerancia a la frustración*, a una especie de *inmunodeficiencia psíquica*" (Frankl, 2005, p. 167). En efecto esto es lo que pasa en muchos adolescentes que consultan: a la mayoría de ellos no le "falta nada", pero le cuesta mucho aceptar sus imperfecciones, no aguantan el sufrimiento, no saben elaborar sus errores.

Si el niño se convierte en un "pequeño rey" (cfr. Freud, 1914), esta condición le perjudica a él mismo (Korff Sausse, 2006). Niños que no tienen ni idea de la labor que se necesita para lograr un objetivo, que no conocen el fracaso, que siempre han sido alejados del dolor y de la muerte, se convierten en adolescentes incapaces de enfrentar estas experiencias vitales. Creo que el mensaje más difundido - y más peligroso - que los padres generalmente transmiten a sus hijos, desde el momento en que salen a la luz, es: "Nada es más importante que *tú mismo*", "Lo único que importa es *tu felicidad*". Pero ocurre que, al no reconocer algo (o alguien) como más valioso e importante de sí mismos, estos jóvenes carecerán de sentido: nada (o nadie) valdrá la pena. Y como dicha "felicidad" normalmente se identifica con la salud, el "bienestar", el éxito y la realización personal, los niños crecidos para ser plenamente felices corren el riesgo de convertirse en adolescentes aburridos, desmotivados y profundamente infelices.

Hablando de adolescencia, Freud evocó el complejo de *Edipo* para explicar su exigencia de "matar" (simbólicamente) al padre para llegar a ser sí mismo. Sin embargo, los muchachos de hoy ya no se parecen a Edipo, si no más bien a *Narciso*: su preocupación no es de luchar contra la autoridad paterna (que, por cierto, se ha disuelto casi por completo) sino llegar a realizarse a sí mismos como seres hermosos y perfectos (Pietropoli Charmet, 2009). Se les repite continuamente que tienen que "actualizarse a sí mismos", pero el drama de muchos de ellos es que no saben *quiénes* son. A lo mejor confunden lo que son con lo que se le propone llegar a ser - es decir, seres ideales a los que "no le falta nada". Lo cual, como sabemos, es sumamente improbable.

Estos chicos han pasado de la tiranía del *super yo* a la tiranía del *ideal del yo*. Los muchachos no se sienten a la altura de sus aspiraciones desmesuradas o de las expectativas perfeccionistas de sus papás (y de su ansiedad de prestación). Los medios de comunicación les ofrecen mode-

los de identificación virtuales e ilusorios - jóvenes guapos, talentosos, exitosos - y de esta manera agudizan su sentido de inferioridad. Por lo tanto, su sentimiento fundamental ya no es el sentimiento de *culpa*, típico del complejo edípico, sino el sentimiento de *vergüenza*, típico del síndrome narcisista.

El culto de sí es "la locura más grande" de la humanidad (Lacan, 2013). La sociedad de la imagen y de la espectacularización estimula y enfatiza esta "hipertrofia del yo". El egocentrismo y el narcisismo, además, vuelven a despertar el fantasma del *doblo* (Rank, 2004). La nueva muñeca *My Twinn* (www.mytwinn.com), pensada para ser exactamente igual a su pequeña propietaria (ojos, peinado, vestido), es un icono inquietante de la degeneración actual y de la inconsciencia que la acompaña. Parece una idea divertida, pero en realidad es un síntoma preocupante.

De acuerdo al psiquiatra Pietropolli Charmet, el narcisismo de los jóvenes se debe a la transformación de los *códigos afectivos familiares*, en particular al pasaje de la *familia ética* a la *familia afectiva*, es decir de la familia que asumía como tarea principal la de transmitir normas y valores, a la familia que considera su principal deber el de proporcionar cariño y seguridad. Esta familia "maternalizada" ha perdido el universo simbólico paterno, o sea todo lo que se refiere a norma, límite, responsabilidad, transcendencia. Los papás se han convertido en compañeros, las mamás en amigas y confidentes, pero en esta "renuncia" a su papel más propio los adultos se olvidan de que padres cómplices y permisivos pueden ser posesivos y voraces. Como ejemplo, en la novela negra de Neil Gaiman, "Coraline" (de la que ha aparecido en el año 2009 una película de animación homónima), una niña de 11 años encuentra en un mundo paralelo a su "Otro Padre" y su "Otra Madre" que, a pesar de su aspecto cordial y bondadoso, en realidad quieren sacarle los ojos y el alma.

Recientemente el psicoanalista Massimo Recalcati ha escrito de los adolescentes que ya no se parecen a Edipo, ni a Narciso, sino a *Télémaco* (Recalcati, 2013): como el hijo de Odiseo, esperan el regreso del Padre. Su sentimiento fundamental no es de culpa, ni de vergüenza, sino de añoranza y *nostalgia*. La ausencia del Padre los ha dejado desorientados e impotentes, a la merced del desorden y del "gozo mortífero" (como lo llama Lacan), del hedonismo que devora la vida, el planeta, el porvenir, y nos deja decepcionados y melancólicos. Sin duda, de una sociedad

repressiva hemos pasado a una sociedad *depressiva*. El narcisismo y el hedonismo se convierten en las causas más relevantes de insatisfacción.

Frente a esta situación, la "logo-educación" representa un desafío extremadamente actual, porque implica un tránsito muy importante: de la educación a la autorrealización, de la educación a la autotranscendencia; de la educación a la autonomía, de la educación a la interdependencia; de la educación al éxito, de la educación al límite; de la educación como satisfacción de necesidades a la educación como cultivo de valores. Esto, a mi parecer (Bruzzone, 2011), es lo que Frankl pretendía, cuando decía que la educación no debe "transmitir conocimientos", sino más bien "afinar la conciencia". Los que hoy más necesitan recobrar la conciencia de sí mismos, sin embargo, no son los muchachos, sino los adultos, que no saben manejar la *asimetría* necesaria a toda relación educativa, y muchas veces no saben ofrecer un testimonio creíble de que, a pesar de los límites, es posible realizar una vida que tenga *sentido*. Posiblemente, el verdadero desafío pedagógico, en este momento, no tiene que ver con la educación de los jóvenes, sino con la re-educación de los adultos. Empezando por nosotros mismos.

Daniele Bruzzone es doctor en filosofía, director de la Associazione di Logoterapia e Analisi Esistenziale Frankliana (ALAEF), trabaja en la Università Cattolica del S. Cuore de Milán.

Referencias

Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets.

Becchi, E. (1994). *I bambini nella storia*, Roma: Laterza.

Benasayag, M., Schmit, G. (2010). *Las pasiones tristes. Sufrimiento psíquico y crisis social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Benzoni, S. (2013). *L'infanzia non è un gioco. Paradossi e ipocrisie dei genitori di oggi*. Roma-Bari: Laterza.

Bruzzone, D. (2011). *Afinar la conciencia. Educación y búsqueda de sentido a partir de Viktor E. Frankl*. Buenos Aires: San Pablo.

- Carrol, L., Tober, J. (2006). *Los niños indigo*. Madrid: Obelisco.
- D'Amato, M. (2014). *Ci siamo persi i bambini. Perché l'infanzia scomparire*. Roma-Bari: Laterza.
- Frankl, V.E. (1987). *Ante el vacío existencial*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V.E. (1988). *La voluntad de sentido*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V.E. (2005). *La sfida del significato. Analisi esistenziale e ricerca di senso*. Trento: Erikson.
- Freud, S. (1914). Introducción al Narcisismo. En: S. Freud, *Obras completas de Sigmund Freud. Volumen XIV*. Buenos Aires: Amorrortu. (Traducción José Luis Etcheverry).
- Gauchet, M. (2010). *Il figlio del desiderio. Una rivoluzione antropologica*. Milano: Vita e Pensiero.
- Jeammet, Ph. (2008). *Pour nos ados, soyons adultes*. Paris: Jacob.
- Korff Sausse, S. (2006). *Plaidoyer pour l'enfant-roi*. Paris: Hachette Littératures.
- Lacan, J. (2013). Acerca de la causalidad psíquica. En J. Lacan, *Escritos 2* (pp. 151-192). Madrid: Biblioteca Nueva. (Original de 1946).
- Pietropolli Charmet, G. (2009). *Fragile e spavaldo. Ritratto dell'adolescente di oggi*. Roma-Bari: Laterza.
- Postman, N. (1988). *La desaparición de la niñez*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Rank, O. (2004). *El doble*. Buenos Aires: JCE.
- Recalcati, M. (2013). *Il complesso di Telemaco. Genitori e figli dopo il tramonto del padre*. Milano: Feltrinelli.
- Vegetti Finzi, S. (1993). *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*. Madrid: Cátedra.

Volpi, R. (2004). *Liberiamo i bambini. Più figli, meno ansie*.
Roma: Donzelli.